

Dos frases de la carta de S. Ignacio de Antioquía a los Romanos (Rom. 5, 1 y Rom. 6, 1)

San Ignacio de Antioquía, tal como nosotros lo conocemos, camino del martirio, se nos presenta como un alma de gran temple, de un natural exuberante, encendida por la llama de una sola idea: la posesión de Dios. Sus cartas no son otra cosa que esto; que él llegue a *alcanzar a Dios* y que lo alcancen también los otros. Su anhelo del martirio, el temor de que los cristianos de Roma se lo estorben, la solicitud por todas las iglesias. por la unidad, su celo contra los herejes, todo es lo mismo: poder llegar a ser una sola cosa, él y todos, con el Señor.

Todo el ardor que le comunica esta idea, toda la vitalidad que despierta en él, se trasluce en sus cartas. Su estilo es ardiente, cortado, nervioso. Parece como si sólo buscara hacerlas instrumentos de la pasión que le atormenta. Y no le interesa realmente otra cosa en ellas. Por esto el griego de sus cartas es a veces torturado, puntiagudo, turgente, por así decirlo. Es en verdad un vino nuevo puesto en odres viejos, que corren peligro de romperse. Y menos mal para nosotros si los rompe: nos es más fácil entonces percibir todo el aroma del precioso líquido; una irregularidad en la frase nos hace conocer la fuerza de la idea. Donde se necesita mayor vigilancia es precisamente en los pasajes en que el ímpetu de la idea no ha llegado a romper la continuidad del estilo. Se corre entonces el riesgo de que bajo una forma griega normal se esconda una idea de gran fuerza, expresada en verdad por la frase, pero de la que es preciso darse cuenta, es necesario caer en ello. Y se expone uno a pasar de largo porque la misma forma griega correcta puede traducir también una idea más obvia, más llana, digamos más normal.

Me parece hallar un ejemplo de ello en la carta de San Ignacio a los Romanos, 5, 1. El obispo de Antioquía habla de su viaje a